

“El Camino Hacia Emaús: Un Camino de Regreso al Jerusalén de la Fe”
Homilía para el 3^{er} Domingo de Pascua, Año “A”
Catedral de Santa María

Introducción

En este tercer domingo de Pascua, estamos llegando al final de esta primera mitad de la temporada de Pascua, cuando las lecturas del Evangelio dominical nos cuentan varias ocasiones en que nuestro Señor se apareció a sus discípulos después de su Resurrección. Cada una de estas historias tiene sus propios elementos particulares. La historia de este domingo de la aparición de nuestro Señor a los dos discípulos en el camino a Emaús es única: no aparece en ninguno de los otros Evangelios, aparte de una referencia pasajera en el Evangelio de San Marcos. Y, sin embargo, la historia es consistente con todos los otros relatos posteriores a la Resurrección en ciertos elementos. Lo más común de todo es el elemento de incredulidad.

El domingo pasado escuchamos la historia de Santo Tomás con sus dudas: Tomás no estaba allí con los otros apóstoles la primera vez que nuestro Señor se les apareció después de la Resurrección, pero Tomás, sí, está allí la segunda vez. Tomás no llega a creer hasta que se encuentra con el Señor resucitado. Pero, de hecho, todos los discípulos dudaron, todos tardaron en creer, incluso después de ver al Señor en su estado resucitado.

El Proceso Emaús: Desde Congregado a Disperso a Congregado Nuevamente

Vemos lo mismo aquí. Recuerden las palabras de nuestro Señor a los dos discípulos mientras caminaba con ellos en el camino: “¡Qué insensatos son ustedes y qué duros de corazón para creer todo lo anunciado por los profetas!”

Pero antes de emitir un juicio demasiado duro sobre esos primeros seguidores de nuestro Señor, consideremos por un momento la situación en la que se encontraban. Eran un pequeño grupo de discípulos, reunidos alrededor de su maestro, con grandes esperanzas de lo que él lograría para ellos. Recuerden las palabras de los dos discípulos cuando nuestro Señor les preguntó de qué estaba pasando en Jerusalén: “Nosotros esperábamos que él sería el libertador de Israel.” Luego, lo vieron condenado y brutalmente ejecutado. Se quedaron por un tiempo, porque la ejecución ocurrió el viernes por la tarde y la historia de hoy ocurrió el siguiente domingo por la tarde. Y a pesar de que escucharon los primeros informes de que estaba vivo, que regresó de entre los muertos, no lo creyeron, ¿y qué pasa? Comienzan a dispersarse. Se habían reunido alrededor de él con esperanza, y ahora su incredulidad les hace dispersarse.

Entonces, ahora vemos a nuestro Señor resucitado interviniendo en la situación, ¿y qué hace? Como nos dice San Lucas: “... comenzando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.” Jesús los lleva de la incredulidad a la fe, y el pasaje a la fe se completa al partir el pan. Esta es claramente una referencia al ritual de la Eucaristía, porque nuestro Señor lleva a cabo las mismas acciones rituales aquí que en la Última Cena: “...tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio.” Su pasaje a la fe se completa cuando reconocen la Presencia Real de su Señor en la celebración eucarística. ¿Y luego qué hacen? “Se levantaron inmediatamente y regresaron a Jerusalén.” En otras palabras, al llevar a sus discípulos a la fe, nuestro Señor reúne a la comunidad de sus discípulos que se habían dispersado debido a su incredulidad.

Lo Que Significa para Nosotros

Esta historia del Evangelio contiene muchas lecciones para nosotros ahora en este momento de refugio en el lugar. En primer lugar, observen el proceso que nuestro Señor toma con estos dos discípulos: primero expone todo lo que está escrito de él en la Palabra de Dios, y luego se sienta a la mesa para compartir una comida con ellos, una acción que es claramente eucarística en sus elementos. Es un movimiento desde la proclamación de la palabra hasta la celebración del sacramento de su presencia. Esto es exactamente lo que ocurre en cada Misa. Jesús estaba estableciendo para ellos el patrón que cada acto de adoración tomaría en el que la comunidad de sus discípulos se reúne para celebrar su muerte salvadora y su Resurrección hasta que regrese al final de los tiempos: la proclamación de la Palabra, y luego la Palabra se hace carne en el sacramento de la Eucaristía.

Durante estos días de refugio en el lugar, no podemos reunirnos como lo haríamos normalmente para la adoración. De hecho, estamos dispersos, pero no por incredulidad, sino por circunstancias más allá de nuestro control, haciendo nuestra parte para ayudar a nuestros líderes cívicos a detener la propagación del coronavirus. Pero no tenemos que estar dispersos espiritualmente. De hecho, debemos tener cuidado de que el proceso inverso no nos suceda. Para aquellos primeros discípulos, su incredulidad los llevó a dispersarse; para nosotros, estar dispersos no debe conducir a la incredulidad.

Podemos evitar esto cuando permanecemos espiritualmente presentes el uno al otro, especialmente en oración y adoración. Por eso es tan importante que sigan la Misa a través de la transmisión en vivo y que se unan al ritual de adoración a través de la participación activa, como si estuvieran físicamente presentes en la iglesia. Mirar la Misa casualmente como si fuera cualquier otro programa de televisión no es presencia espiritual; conduce a la dispersión espiritual, que a su vez puede comenzar a destruir la fe. Se podría decir que la necesidad de distanciamiento social no debe resultar en distanciamiento espiritual. Ese no es el modo de actuar de nuestro Señor, porque él sigue estando realmente presente en el Santísimo Sacramento en el altar, y conoce su tristeza por no poder estar físicamente presentes en la celebración del sacramento.

Él todavía está presente para nosotros en la Eucaristía, por lo que, si no pueden recibirlo en persona, sacramentalmente, aún pueden recibirlo en su corazón. Cuando sigan la Misa a distancia, cuando llegue el momento de la Comunión, háganse conscientes de su deseo de recibirlo, un deseo que él ya conoce y reconoce; y luego, reconozcan su presencia e invítelo a su corazón, haciendo un acto de comunión espiritual. ¡Esto es muy agradable para él!

Proclamar la Buena Nueva

Hay un detalle más en la historia de Emaús que no debería escapar de nuestra atención. ¿Por qué los dos discípulos regresaron a Jerusalén? ¿Qué hicieron cuando llegaron allí? Ellos “contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.”

Cuando llegaron a la fe completa, al darse cuenta de que su Señor había resucitado de entre los muertos y conquistado la muerte, y que realmente era él que estaba en su presencia, estaban tan llenos de alegría que no podían sino regresar a la comunidad de discípulos y compartir las buenas noticias. ¿No es siempre así cuando estás lleno de alegría por las buenas noticias? Cuando se te otorga el reconocimiento de jugador más valioso en tu liga deportiva cuando nadie pensaba que podrías competir en igualdad con el resto, cuando te aplicas con gran diligencia a tus estudios y obtienes la distinción de mejor estudiante en su graduación, cuando un joven propone casarse con su novia y ella acepta, en cualquier situación como estas, ¿no quieres

salir y decirle a todo el mundo lo feliz que eres? Es un movimiento natural del espíritu humano, y este fue el fuego sobrenatural del Espíritu Santo que caracterizó a esos primeros discípulos después de que llegaron a la plenitud de la fe, y encontraron y conocieron personalmente, en su corazón y mente, en lo más profundo de su ser, a su Señor resucitado.

Aunque no podemos reunirnos como lo hacemos habitualmente para la adoración, la oración, el aprendizaje de la fe y cualquier otro tipo de confraternidad, aún podemos encontrar formas de evangelizar en las circunstancias restringidas en las que nos encontramos. Podemos encontrar formas de mostrar la bondad del Evangelio a los miembros de nuestros hogares a través de pequeñas cortesías cotidianas. Y podemos dar testimonio de una vida cristiana llena de fe, llena de esperanza, e inspirada en el Evangelio mediante sencillos actos de caridad en esas circunstancias limitadas fuera del hogar en que nos encontramos a veces. Hacer todo lo posible para mostrar un acto de bondad a un vecino necesitado que puede ser especialmente vulnerable a la enfermedad, mostrando aprecio a los trabajadores de la salud y otros que se dedican a servicios esenciales, ayudando a un vecino o un pariente angustiado que está luchando por equilibrar las demandas de trabajo con el cuidado de los niños que se quedan en casa: estos son solo algunos ejemplos de las oportunidades únicas que nuestra situación actual nos brinda para iluminar el Evangelio en lo que para muchos es un tiempo oscuro y angustiante.

Conclusión

Cada momento de crisis, cada momento de angustia, es una oportunidad que Dios nos da para la grandeza espiritual. El tiempo presente ciertamente no es una excepción. De hecho, la exhibición de virtudes cristianas brillará aún más en un momento como este, ya que la luz es más iluminadora cuando se arroja a una habitación oscura. Entonces, estemos atentos a estas oportunidades únicas para crecer en santidad al vivir esas virtudes cristianas a través de las cuales la luz del Evangelio brillará en el camino que conduce al encuentro con el Señor resucitado y salvador. Es él que conquista toda tristeza y todo pecado, y destruye la muerte una vez para siempre.